

da, diciendo resueltamente al oidor se embarcase luego de grado, porque si no le obligarían por la fuerza. En balde el magistrado pidió favor á la justicia, echó mano á la persona más cercana para prenderla, y apellidó sin fruto á su alguacil mayor, pues á pesar de su resistencia fué conducido y puesto preso en la nave en que venía: todo esto fué obra de una media hora.

Colocado en la nao, mudaron maestre y tripulación por otros de confianza, prendieron igualmente al secretario y al alguacil mayor, poniéndoles en naves separadas, é incomunicados. Así permanecieron por algun tiempo, hasta que á fines de Abril, ordenó Narvaez fuesen llevados á Cuba, para ser entregados á Diego Velázquez; al efecto, quedaron alistadas dos naves, en la una pusieron á Ayllon y en la otra al alguacil mayor y al secretario, tomando juramento á la marinería. Separadas las naos durante la travesía, la de Ayllon aportó á la pequeña isla de Lobos, en la costa Norte de la Fernandina; aquí logró el oidor, no obstante el prestado juramento, que al maestre y marineros fuesen á la isla de Santo Domingo, por lo cual dejando en Cuba á Juan Velázquez, al piloto y los guardas con una carta para Diego Velázquez, la nao fué á surgir al pequeño puerto de San Nicolás; saltó en tierra el Lic. Ayllon, atravesó á pié la isla y llegó á la ciudad de Santo Domingo, tres y medio meses despues de su partida. (1) Meses despues, cuando el secretario Pedro de Ledesma pudo regresar á la Española, dió nueva cuenta la audiencia, á diez de Noviembre. (2)

El atropello cometido en un individuo de la audiencia, los desatinados manejos de Diego Velázquez y de su teniente, fueron parte á menoscabar el influjo de que en la corte gozaba, impidiéndole triunfar de su antagonista Cortés cual pudiera con más juicio. Poco despues del suceso, Narvaez abandonó el arenal trasladándose á Cempoalla, en cuyo teocalli, llamado ya de Nuestra Señora, puso su cuartel. Su atencion principal consistió en apoderarse de cuanto pertenecía á D. Hernando y á los suyos, en oro, mantas ó mujeres, de las que habían quedado en poder de sus familias; en balde lo resistía el cacique gordo y se quejaba de los desafueros cometidos

(1) Carta de la real audiencia de la Española, págs. 506 y sig.—Relac. de Ayllon, en Gayangos, págs. 45-49.

(2) La audiencia de Santo Domingo, y en su nombre el Lic. Ayllon, &c. Documentos de Indias, tom. 12, pág. 251.

por la chusma indisciplinada, pues caso ninguno le hacía, siquiera para ganar su amistad. (1) El desacordado capitán y sus soldados querían enriquecer pronto sin reparar en los medios; Narvaez unía á una sordida codicia la miseria más vergonzosa; guardábalo todo, escatimándolo á sus partidarios, sin nada repartir á capitanes y peones, andando de continuo, diciendo á sus mayordomos con voz entonada: "Mirad que no falte ninguna manta, porque todas están "puestas por memoria." (2) El establecimiento de los blancos en Cempoalla atrajo un terrible azote sobre Anáhuac. Los vecinos de Cozumel llevaron el contagio de las viruelas á la vecina Yucatan: en Cempoalla enfermó un marinero negro, segun algunos, esclavo de Narvaez, nombrado Francisco Egua, y de éste y de los indios de Cuba se propagó el mal entre los naturales, causando en todo el país terribles estragos. El mal capitán venía acompañado de la guerra y de la peste.

Mientras esto pasaba en la costa, D. Hernando en México no tenía más noticias que las comunicadas por Motecuhzoma, y andaba perplejo entre si aquellos barcos serían socorro traído por los procuradores ó pertenecían al gobernador de Cuba. A principios de Mayo se le presentaron algunos indios de los que en la costa del mar moran, diciéndole como hacía las Sierras de San Martín habían visto diez y ocho barcos, si bien ignoraban de quién fuesen. Tras estos llegó un natural de la Fernandina, con carta de Alonso de Cervantes, quien estaba en la costa para que si navíos viniesen les diese razon de D. Hernando y de la vecina villa de la Vera Cruz: en la misiva se hablaba de sólo un navío, el cual creía ser el de los procuradores; cuando llegase al puerto saldría de la duda y vendría á informar acerca de ello. (3) Nos parece que este Alonso de Cervantes es el español que se presentó al Lic. Lucas Vázquez de Ayllon, luego que éste llegó á Ulúa.

D. Hernando sabía que no podía ser un sólo barco, ya por las noticias de los indios, ya por las pinturas que le enseñó Motecuhzoma; para indagar la verdad, despachó á Diego García, Francisco Bernal, Francisco de Orozco, Sebastian Porras y Juan de Limpías, dándo-

(1) Bernal Díaz, cap. CXIV.

(2) Bernal Díaz, cap. CXIII.

(3) Cartas de Relac. pág. 115-16.—Residencia contra D. Hernando Cortés, Juan de Mancilla, tom. I, pág. 246.

les por instrucción, se dividiesen por los dos caminos que de la costa subían á México, á fin de encontrar á los mensajeros que de allá viniesen; si no diesen con ellos, irían hasta el puerto, en donde vestidos y tiznados á modo de los indios, espiarían á los recién venidos, informándose de cuanto pudiesen, regresando lo más pronto posible á participar el resultado de su comisión. Andrés de Tapia recibió orden de marchar á la Villa Rica para inquirir lo allí acontecido; al mismo tiempo salían correos para Velázquez de León á Coatzacoalco, y para Rodrigo Rangel en Chinantla, mandándoles se detuviesen en el lugar en que se encontrasen hasta nueva orden. Dadas estas primeras providencias, el activo D. Hernando hizo construir astas para lanzas, mientras fabricaban los herreros las puntas para hacer picas. (1)

Con gran impaciencia vió correr hasta quince días sin recibir nueva alguna, hasta la llegada de unos méxica que con pinturas vinieron á Motecuhzoma; de ellos supo estar reunida la armada y haber desembarcado hasta ochocientos hombres, mandándole avisar sus emisarios no podían venir por estar detenidos en el campamento. Sea que en realidad ignorara quién fuese el jefe de la expedición, sea que le importara aparentarlo, escribió una carta é hizo poner otra á los concejales de la Villa Rica, á la sazón en México, dirigida al capitán y gente al puerto llegados, dándoles parte de lo hasta entonces acaecido en la tierra, de todo lo cual se había dado cuenta al rey de España; pedíaseles por merced, mandasen decir quiénes eran; si eran vasallos del rey de Castilla, avisasen si por su orden venían á poblar, ó si pasaban adelante ó habían de retroceder, en cuyo caso, si traían alguna necesidad se les remediaría en cuanto se pudiese; mas si no eran castellanos, fuera de remediarles la necesidad que trajesen, se les requería en nombre del rey, que se fuesen y no saltasen á tierra, apercibidos de que si lo contrario hicieren, él iría contra ellos con todo su poder, así de españoles como de indios, á prenderlos y matarlos como á extranjeros entrometidos en los reinos y señoríos del rey de Castilla. Ambas cartas fueron confiadas á Fr. Bartolomé de Olmedo, respetable por su carácter sacerdotal, entendido y según apareció después, hábil negociador. (2)

(1) Cartas de relac. págs. 116.—Residencia contra Cortés, Andrés de Monjaraz, tom. 2, págs. 45 y sig.

(2) Cartas de relac. pág. 117.—Gomara, Crón, cap. XCVII.—Como se advierte, Cortés coloca la salida de México de Fr. Bartolomé, antes de la llegada del clérigo

Cinco días después de la partida del religioso, vino mensajero á decir á Cortés, como á las goteras de la ciudad estaban ciertos presos, que de la Villa Rica le remitía Sandoval: eran en efecto, el presbítero Juan Ruíz de Guevara, con sus compañeros Vergara y Amaya, quienes venían conducidos por el alguacil Solís y veinte castellanos. Llegaban después de haber viajado de una manera bien singular. Metidos en hamacas de redes y tomados en hombros de los indios, que á trechos se remudaban, caminaron de día y de noche con tal celeridad, que en cuatro días fueron puestos en México: los tres emisarios de Narvaez, si bien molestos y aturdidos del raro caso que por ellos pasaba, creían soñar ó ir encantados, descubriendo los inmensos países por donde los llevaban, mirando las grandes poblaciones del tránsito, los trajes y desconocidas costumbres de naturales, no ménos que el aspecto enteramente nuevo de los objetos. Instruido D. Hernando por la carta de su teniente Sandoval, mandó poner en libertad á los prisioneros, hizo les sirvieran un banquete, y para recibirlos dignamente les mandó caballos, en los cuales hicieron su entrada decorosa en Tenochtitlan. Ya en el cuartel, disculpó la viveza de carácter de Sandoval, procurando por todos los medios, captarse la voluntad de los tres prisioneros. (1)

De ellos supo, y principalmente de Guevara, cuanto le convenía saber; la fuerza de la armada, las instrucciones dadas por Diego Velázquez, los procedimientos é intenciones de Pánfilo de Narvaez, los sentimientos del ejército, su organización y recursos. D. Hernando, conocedor de los hombres y mañero en el arte de ganarlos, con palabras cariñosas, largas ofertas, dádivas de joyas y tejuelos de oro, á cabo de dos días tuvo por los mejores y más blandos amigos á los tres mensajeros; la transformación fué tan completa, que según un testigo de vista, "donde venían muy bravosos leones, volvieron muy mansos y se le ofrecieron por servidores." (2) No sólo dieron las noticias apetecidas, sino entregaron más de cien cartas de que eran portadores, dirigidas á los vecinos de la Villa Rica, conteniendo promesas para los desertores, amenazas para quienes permanecieran fieles. (3)

Guevara, mientras Bernal Díaz, cap. CXII y Herrera colocan estos sucesos en orden inverso: nosotros seguimos la relación del general.

(1) Bernal Díaz, cap. CXI.

(2) Bernal Díaz, cap. CXI.

(3) Cartas de Relac. págs. 118-19.

Concertadas aquellas amistades, D. Hernando dejó volver á Cempoalla á los tres mensajeros. Dióles una carta para Narvaez, conciliatoria y solapada; se alegraba mucho, le decía, de que fuese el capitán de la hueste, pues ellos eran ciertos y muy antiguos amigos; extrañaba por lo mismo no le hubiera escrito ni mandado mensajero para hacerle saber su llegada, y antes bien, como si todos no fueran vasallos del mismo rey, revolvía á los indios ó intentaba sobornar á los castellanos; se intitulaba capitán general y teniente de gobernador por Diego Velázquez, habiendo fundado una villa con alcaldes y regidores en una tierra ya poblada en nombre del rey, y en la cual había justicia y cabildo; le pedía y requería pues, si algunas provisiones reales traía, las presentara ante él, D. Hernando y el regimiento de la Vera-Cruz, para ser obedecidas como mandamiento de su rey y señor natural; no podía él ir á verle, porque no debía dejar la ciudad, por no abandonar al señor que tenía preso, ni el oro y joyas recogidas. También escribió al Lic. Ayllon, quien no recibió la carta por haber marchado para la Fernandina cuando Guevara llegó al campamento; iban también cartas para el secretario Andrés de Duero, y tal vez para otras personas, no faltando una gran cantidad de promesas y buenas palabras, acompañadas de cosas más sustanciosas, como joyas de oro. (1)

Por un contraste palpable, mientras Narvaez descomponía lo mejor ordenado, á Cortés salían bien todos sus planes. El mismo día en que salió de México el presbítero Guevara, llegó correo de la Vera Cruz, dando aviso de lo acontecido: Andrés de Tapia, caminando á pié por el día, conducido por la noche en una hamaca en hombros de los indios, llegó en tres y medio días á la villa; cuando Sandoval había despachado presos á los mensajeros de Narvaez. Envalentonados los indios con las promesas del capitán recién venido, resistían trabajar en las fortificaciones y acudir con los víveres; supose en esto que Narvaez se trasladaba á Cempoalla para poner su cuartel, en consecuencia de lo cual, Sandoval y Tapia resolvieron abandonar la Puebla, internándose á la montaña á buscar abrigo en el pueblo de un señor de los devotos, todo con el fin de evitar un choque imposible de resistir con tan poca gente. (2)

(1) Cartas de relac. págs. 120-21.—Bernal Díaz, cap. CXII.

(2) Cartas de relac. pág. 122.—Relac. de Andrés de Tapia, pág. 587.

Para poner término á semejante estado de cosas, Cortés resolvió salir al encuentro de su enemigo. Preciso era dejar una guarnición en la ciudad para custodia de Motecuhzoma y del tesoro; para mandarla fué escogido el capitán Pedro de Alvarado, apellidado Tonatiuh por los méxica; quedaron bajo su mando ochenta y tres hombres, entre ellos diez arcabuceros, catorce ballesteros y siete caballos; (1) poco después se aumentó hasta la suma de ciento veinte ó ciento treinta hombres, con ciertos soldados mandados de Cholollan; con los aliados eran quinientos hombres. Quedáronse en México los afectos ó sospechosos de afecto á Velázquez, con los peones ménos sueltos y dispuestos, con el P. Juan Díaz por capellán; púsose el cuartel en estado de defensa por medio de algunos reparos, fueron colocados en batería algunos falconetes y cuatro piezas gruesas, quedando abundantes municiones que no podían faltar, porque había mucho almacén y gran repuesto de pólvora. Dejóse abundante provision en copia de maíz traído de Tlaxcalla, pues escaseaban los mantenimientos en el Valle, además de gallinas y otros bastimentos. (2)

Atento debía estar Motecuhzoma á lo que entre los castellanos pasaba, aunque combatido por encontrados y confusos pensamientos. Visitábale Cortés, si bien no con la misma asiduidad de antes, sin decirle gran cosa de sus proyectos; ámbos recelaban uno de otro, precisamente por estar informados de cuanto no querían comunicarse. Había, en efecto, demasiado para trastornar un ingenio superior al del monarca: los teules de Malinche no eran los únicos hijos de Quetzacoatl, pues muchos más habían brotado de las ondas del Océano: hablaban la misma lengua traían los mismos trajes, usaban de las mismas armas, adorando idénticas divinidades; pero se odiaban á muerte, pues se denostaban cuanto en su mano estaba y se aprestaban á combatirse. En poder de los pocos estaba corriendo peligro de la vida, despojado de su libertad, de su señorío y de su oro; solapadamente se había puesto en relación con los muchos, quienes le ofrecían dejarle libre y castigar á sus opresores. Consideradas las ventajas y los peligros de su anómala posición, el infeliz

(1) Bernal Díaz, cap. CXIV.—Cortés. Relac. pág. 122, asegura haber dejado quinientos hombres en la fortaleza; deberá entenderse entre castellanos y aliados, pues de solo españoles el ejército entero no contaba otros tantos.

(2) Cartas de Relac. pág. 122.—Bernal Díaz, cap. CIXV.

cautivo no podía acertar en lo más mínimo. Menos podía comprender lo que pasaba hablando con Cortés, quien le ocultaba por completo la verdad; con razón pudo exclamar pesaroso en una de las entrevistas con su guardian: "en verdad que yo no os entiendo." (1)

D. Hernando, en compañía de los intérpretes Aguilar y Marina, fué á ver á Motecuhzoma diciéndole mandase traer astas de pino para hacer picas, pues quería salir para la costa contra las gentes allí llegadas, para traerlas atadas á México. Preguntóle el monarca ¿sí no todos eran del mismo señor? Respondió Cortés, sí eran; pero como su gran rey tenía tantas naciones bajo su dominio, él y sus compañeros eran de Castilla, por lo cual les decían castellanos, mientras los recién llegados eran vizcainos, con el habla revésada y como los otomés de México; á estos últimos no se los enviaba el rey de España, sino que se venían desmandados y él iba á prenderlos y castigarlos, á cuyo fin le pedía gente de guerra. Ofrecióle Motecuhzomr echar de la tierra á los intrusos, lo cual no consintió Cortés pues quería hacerlo por su persona. Entónces el monarca le ofreció, como á su yerno que era, pues le tenía por casado con su hija, que de las guarniciones de la costa pondría á su disposición cien mil hombres de guerra con treinta mil tamene y los necesarios bastimentos, á cuyo efecto, así como para honrarle le acompañarían algunos señores principales; como garante de su promesa dió á Cortés y á otros castellanos, plumajes y collares, cual acostumbraba con sus caudillos al salir á la guerra. (2) Semejante ejército no pareció después, ignoramos si por falta del emperador ó por no necesitarle Cortés; si aquel procedió con doblez, demasiado perspicaz era éste para dejar de conocer la falsía.

Terminados los preparativos de marcha, D. Hernando fué á despedirse de Motecuhzoma; le encargó mucho cuidase del capitán Tonatiuh y de su gente, no debiendo faltarles los mantenimientos; que procurase la seguridad del tesoro, velando porque ni guerreros ni sacerdotes interrumpiesen la paz, pues si lo contrario hiciesen, lo pagarían con la vida á su regreso; reverenciarían la imájen y cruz colocadas en el teocalli; teniendo "limpio el lugar, adornado con ramas

(1) Bernal Díaz, cap. CXV.  
 (2) Bernal Díaz, cap. CXV.—Residencia de Cortés, declaración de Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 183.—Declaración de Andrés de Monjaráz, tom. 2, pág. 48.—Declaración de Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 221.

y flores, encendidas candelas de cera de día y de noche." Ofreció cumplirlo todo Motecuhzoma, añadiendo, enviaba con él ciertos principales, los cuales le guiarían por tierras del imperio y le proveyerían de cuanto hubiera menester; le rogaba que si la gente contra la cual iba era mala, se lo mandase avisar para levantar gente de guerra que fuese á pelear con ella. (1) En cuanto á Alvarado, le dió por principal consigna no dejar escapar al prisionero: encargó á los soldados guardaran estricta disciplina, y para asegurarse de su fidelidad, les tomó juramento sobre un misal, á quienes le acompañaban, de no apartarse de su lado ni abandonarle, á los que se quedaban, de obedecer á Alvarado en cuanto les mandase. (2)

Como hemos visto, aunque en el pequeño ejército de Cortés había muchos partidarios de Diego Velázquez, sólo tres de los castellanos esparcidos por el país habían desertado la bandera, pasándose al enemigo. La guarnición de México presentó un sólo ejemplo. Poco antes de la salida de Cortés, un balletero llamado Cristóbal Pinelo ó Pinedo, abandonó el cuartel dirigiéndose al campamento de Narvaez; sabedor de ello el general, envió á Gerónimo de Aguilar para decir á Motecuhzoma diese orden á sus vasallos para prender al fugitivo y traerle á México; contestó el monarca no ser aquello posible porque el castellano iba armado de ballesta; entónces insistió Cortés diciendo, que si por bien no le tomaban, le matasen y así muerto le trajesen. (3)

Los capitanes, por fortuna de D. Hernando, le permanecieron fieles. Como hemos visto, Juan Velázquez de Leon recibió la carta de su cuñado Pánfilo de Narvaez, mas en lugar de contestarla la envió original al general, reunió la fuerza de su mando y tomó el camino para la ciudad de Cholollan. Rodrigo Rangel se encontraba á la sazón poblando en la provincia de Chinantla; luego que supo la llegada de las naos, lo participó al general poniéndose inmediatamente en marcha; en el pueblo de Tataltetelco exigió juramento á la hueste de ser fiel á D. Hernando y á él como su capitán, en lo cual consintieron los ciento diez hombres de su mando; por el camino ponía guardas á la gente para que no desertase, llevando su celo hasta

(1) Cartas de Relac. pág. 123.—Bernal Díaz, cap. CXV.

(2) Resid. de Cortés; Francisco de Vargas, tom. 2, pág. 306.

(3) Resid. de Cortés; Gerónimo de Aguilar, tom. 2, pág. 184.

echar en un pie de amigo á Francisco de Lugo por mostrarse partidario de Velázquez: con estas precauciones llegó á Cholollan. (1) Narvaez en Cempoalla dejaba pasar el tiempo, ó más bien lo malgastaba con su entonada conducta. El torpe procedimiento contra Ayllon había hecho muchos descontentos; por esta causa Pedro de Villalobos, un portugués y siete soldados más se pasaron á la Vera Cruz, en donde Sandoval los recibió con el mayor agasajo. (2) A su tiempo llegó Fr. Bartolomé de Olmedo al campamento; "era hombre astuto; bien hablado y de buen entendimiento," no obstante lo cual fué recibido con desabrimiento por Narvaez, díjole ser el objeto de su venida ajustar el medio de conservar la paz, sin dar motivo á un rompimiento en perjuicio del rey y de los castellanos; desdeñosamente le escuchó Pánfilo, respondiendo no darse á partido porque Cortés y todos sus compañeros eran traidores, y como el religioso replicara que no eran sino buenos servidores del rey, le maltrató de palabras en público. Semejante descortesía le enajenó aún más el ánimo de Fr. Bartolomé, quien secretamente repartía las cadenas y joyas de oro que traía, convocando y atrayéndose á las personas principales de la hueste, notablemente á Andrés de Duero. (3) Debe tenerse presente que con el buen mercedario iba un Usagre, artillero de Cortés, hermano de un artillero de los del campo de Narvaez. (4)

En esta sazón llegó al campamento el presbítero Juan Ruiz de Guevara, con sus compañeros Vergara y Amaya; dió el primero á Narvaez los recados de que era portador, exaltando delante de la multitud las prendas de D. Hernando, extendiéndose acerca del tamaño y riqueza de la tierra, terminando con proponer, atendido á ser muy grande lo ya descubierto, que partiesen términos escogiendo cada uno de ellos las provincias que les conviniese. Narvaez rechazó el concierto como contrario á los poderes recibidos de Velázquez, tratando mal á los mensajeros; desde entonces cogió mala voluntad al clérigo y al escribano, evitando su conversacion y trato. Ellos se desquitaban trabajando en contra del desacordado capitán, y como los vieron ir ricos "y les decían secretamente á los de Narvaez tanto bien de Cortés y de todos nosotros, é que habían visto

- (1) Recid. de Cortés; Juan Tirado, tom. 2, pág. 6.  
 (2) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XXI.—Bernal Díaz, cap. CXIII.  
 (3) Bernal Díaz, cap. CXII.  
 (4) Herrera, déc. II, lib. XI, cap. XX.

"tanta multitud de oro que en el real andaba en el juego de los naipes, muchos de los de Narvaez deseaban ya estar en nuestro real." (1)

El ejército se dividió en muchos pareceres. Querían los unos evitar á todo trance un rompimiento é irse con Cortés para gozar sosegadamente de las riquezas, mientras pretendían otros apoderarse como más numerosos de los tesoros adquiridos por los ménos, haciéndose ricos sin ninguna costa. Algunos eran de parecer no transigir en manera alguna, postrando á sus contrarios á fuerza de armas. (2) Distinguíase entre estos últimos un hidalgo, veedor en el ejército, por nombre Salvatierra, quien prometía cortar las orejas á D. Hernando y comerse asada una de ellas. (3) Si las crónicas no mienten, el bravo capitán era para bien poco durante la batalla. Su grande enojo dimanaba de haber sido blanco de una burla. Estando todavía en el arenal, Sandoval mandó al campamento dos espías españoles en hábito de indios, vistos por Salvatierra les mandó con desprecio fueran por yerba para su caballo; obedecieron, trajeron lo pedido y luego permanecieron impasibles sentados en cuclillas. Al oscurecer, y en sazón oportuna, ensillaron y enfrenaron el caballo con los arneses del capitán, huyendo para la Villa Rica no sin llevarse otro caballo cojo que en el campo pacía. Conocida inmediatamente por burla de los castellanos, Salvatierra fué la risa del campamento. (4)

(1) Bernal Díaz cap. CXII.

(2) Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XX.

(3) Bernal Díaz, cap. CXII.

(4) Bernal Díaz, cap. CXV.—Herrera, déc. II, lib. IX, cap. XXI.